

E. M. FORSTER

cristián huneeus

La reciente muerte, a la avanzada edad de 91 años, del escritor inglés E. M. Forster (1879-1970) nos ha llevado a releer *Un paso a la India* (1924), la última y más famosa de sus cinco novelas: *Where Angels fear to tread* (Donde los Angeles no se aventuran), 1905, *The longest journey* (El viaje más largo), 1907, *A room with a view* (Una pieza con vista), 1908, *Howards End*, 1910, y *A Passage to India*. Su obra no es mayormente dilatada: a las cinco novelas se suman dos volúmenes de cuentos (de 1911 y 1928) y entre relatos de viaje, recopilaciones de artículos, ensayos y biografías, ocho libros más, el grueso de los cuales apareció en las décadas del 20 y el 30. De ellos mencionemos el brillante *Aspects of the Novel* (Aspectos de la Novela), 1927. (1)

Las fechas son claras: la obra de Forster pertenece a los primeros 30 años del siglo: el viejo E. M. se sobrevivió a sí mismo en la friolera de 40 años. ¿Por qué? Una versión circulaba por Cambridge, donde en su calidad de miembro de uno de los colegios de la Universidad vivió la mayor parte de su vida. Forster habría explicado su silencio a partir de los convulsionados años que precedieron a la Segunda Guerra Mundial por la imposibilidad de aprehender y articular desde una ideología, aunque definitivamente de izquierda, esencialmente liberal, la creciente complejidad de la vida contemporánea. La versión parece sobradamente plausible, dadas la sensibilidad y la honradez de Forster, dada la misma inteligente modestia que lo ha llevado, una y otra vez, como lo citan las contratapas de sus libros, a afirmar su más plena certeza de no ser un gran novelista. Raro es el escritor dispuesto a salir al encuentro de su audiencia con declaración tan tranquilamente sobria respecto de sí mismo. Doblemente raro cuando en medio de una acogida de crítica y público coincidente en designarlo un clásico en vida, acierta. Porque *Un paso a la India* es una novela conmovedora y lúcida, cualidades distintivas del conjunto de su obra, pero si hemos de situar esta obra en relación con las de Joyce y Lawrence, sus compañeros de generación (como lo

fueron Virginia Woolf, T. S. Eliot, Ezra Pound), no podremos sino coincidir con el propio Forster: no es un gran novelista. ¿O será quizá que, no siendo tan grande como otros, es, sin embargo, un gran novelista? Todo juicio es relativo y en toda relación basta con el más sutil de los desplazamientos para alterar la posición de los términos y crear alternativas, falsas o verdaderas, por las que puede abrirse paso la ilusión E. M. Forster nunca se hizo muchas ilusiones. Y al decirlo señalo una de las características cardinales de *Un paso a la India*.

Forster siempre se cuidó de las ilusiones personales, sí, pero en cuanto a las ilusiones colectivas, contra éstas levantó el implacable rigor de su inteligencia. *Un paso a la India* es un monumento crítico a las ilusiones de la burguesía inglesa, al sistema de valores establecidos, el "establishment", asiento moral del culto por lo "esencialmente británico", del resentimiento contra lo extranjero sublimado en mortal indiferencia, del desprecio por las razas que conquistó y subyugó bajo el Imperio, autoconvenciéndose de que la expropiación organizada de sus riquezas y la apropiación sistemática de su fuerza de trabajo era misión civilizadora, y llevando el proceso hasta el punto de convertirlo en basamento de la convivencia social en las colonias.

"Al trágico problema del futuro político de la India no pudo contribuir con solución alguna" dice en un artículo escrito en 1946 con motivo de un tercer viaje al país que visitara largamente en su juventud y su madurez. Pero recomienda a los jóvenes que se acerquen a la India, aunque les indica que la buena voluntad "no basta": produce reacciones de instantáneo cinismo. "Lo único que corta en algo el hielo es el afecto o la posibilidad del afecto. Y sea cual sea la solución política que se adopte, el afecto ciertamente no podrá dañar a nadie". Pero debe ser un afecto genuino y no interesado: debe ser expresión de la "común humanidad de Inglaterra e India". (2) He aquí, sintetizado en su propias y

breves palabras, el credo de un humanista tan consciente de la grandeza como de la miseria del humanismo.

Porque en *Un paso a la India*, Mrs. Moore, la bondadosa viuda inglesa que vive, en el ambiente profundo, exquisito y permanente de la mezquita musulmana, el misterioso y determinante encuentro con el jovial Aziz, el más importante de los personajes indios de la novela, al oír más tarde a su hijo Ronny Heaslop lamentarse con verdadero gusto de las durezas de su posición como funcionario colonial ("No somos agradables en la India, y no pretendemos ser agradables. Tenemos algo más importante que hacer... yo estoy aquí para trabajar, óyeme bien, para retener a este maldito país por la fuerza. No soy un misionero ni un parlamentario laborista ni un vago literato sentimental. Soy solamente alguien que sirve a su Gobierno") (3), piensa que "una gota de sentimiento —no del mañoso sustituto sino del verdadero sentimiento, nacido en el corazón— habría hecho de él un hombre diferente, y del Imperio Británico una institución diferente". Así piensa Mrs. Moore, y la generosidad de alma que la lleva a pensar así se ramifica por la novela creando el tejido de sutiles efectos y contraefectos que en el plano de los impulsos íntimos de los personajes marca los puntos cruciales del desarrollo argumental de *Un paso a la India*. Pero E. M. Forster sabe bien que las cosas no son tan simples y contra ese plano levanta otro: el de la realidad brutal de la relación explotador-explotado.

Entre Cyril Fielding, el director inglés del colegio de Chandrapore, y el Dr. Aziz surge y crece una amistad que parece ser la respuesta afirmativa a la pregunta planteada por un grupo de indios en el segundo capítulo del libro: ¿puede un indio ser amigo de un inglés? En cierto modo, *Un paso* se convierte en la exploración exhaustiva de dicha pregunta. Aziz, injustamente acusado por la inglesa Miss Quested de haber intentado violarla en un paseo a las Cuevas de Marabar —lo que jamás habría ocurrido si ella, como recién llegada, no se hubiera obstinado en "conocer la India real", rompiendo con el expreso acuerdo inglés de no buscar contactos sociales con los nativos, y si él, como hombre espontáneo y generoso, no hubiera desoído los prudentes consejos de sus amigos en el sentido de cuidarse de las consecuencias de tales contactos— es llevado a los tribunales. Dicha ruptura de lo acostumbrado es el núcleo dramático de la novela, en torno al cual se desmorona el incómodo entente de la conviven-

cia interracial en Chandrapore, salta a primer plano el chorro de odio contenido, y las pasiones y los prejuicios se adueñan del enfrentamiento entre los dos bandos. Fielding, convencido de la inocencia de Aziz, se juega entero por su causa, a raíz de lo cual entra en amargo conflicto con su propia gente que lo repudia y aísla. Lo distintivo de su caso, por oposición al de otros personajes novelescos que asumen lealtades de clase o de raza opuestas a las suyas originarias —recuérdese por ejemplo al Dr. Zhivago cuando "desea con todo corazón" el éxito a sus enemigos, los cadetes Blancos de Kolchak, en el enfrentamiento militar en el bosque: "Pertenecían a familias que eran probablemente similares a las suyas en espíritu, educación, disciplina y valores morales"—(4) está en que, a diferencia de Zhivago en esa ocasión, Fielding en ningún momento siente la menor simpatía generalizada por los suyos: por la burguesía administradora del Imperio, impermeable y amputada, y en cambio sí la siente, claramente particularizada, por el vulnerazle Aziz: no sufre la menor escisión interna. La verosimilitud de tal reacción viene subterránea pero firmemente asentada en las nunca explícitas pero monstruosas implicaciones de la acusación de Miss Quested al médico indio. Una mujer huesuda, fea y reprimida, Miss Quested ha llegado a la India en compañía de Mrs. Moore para desposar a Heaslop, con quién no se ama. Subiendo, a todo sol, ladera del cerro de Marabar acompañada por Aziz y por un guía descubre precisamente eso: que ella y Heaslop no se aman, descubrimiento que la veja, aturde y descontrola, moviéndola a inquirir por vez primera algo personal de Aziz: ¿Es Ud. casado Dr. Aziz?". Abierto de ese modo el camino a la intimidad, su subconsciente le juega la peor pasada, llevándola a transgredir, en el recinto secreto del deseo, todos sus tabúes raciales. Las siguientes son sus inhibidas reflexiones, verdaderamente obscenas en alguien tan asexual como Miss Quested: "Qué hermoso era este pequeño oriental, y seguramente su mujer y sus niños eran hermosos también, porque la gente casi siempre recibe lo que ya posee. No lo admiraba con calor personal, no, porque en su sangre no había nada de vagabunda, pero le era fácil imaginar lo atrayente que Aziz sería para las mujeres de su raza y su condición, y lamentó que ni Ronny ni ella misma tuvieran atractivo físico alguno. Porque hace mucha diferencia en una relación la belleza, el cabello espeso, la piel delicada. Probablemente este hombre tenía varias mujeres, los

musulmanes siempre insisten por lo menos en sus cuatro, según Mrs. Huston". (5).

Forster no dice más, limitándose a narrar el resto de la escena de tal modo que el lector no sabe qué es lo que le ocurre a Miss Quested, excepto por la versión que ella misma da más tarde, pero sigue paso a paso a Aziz y sabe entonces, perfectamente, que Aziz no ha tenido nada que ver con eso, haya sido lo que haya sido. ¿Tal vez el guía? ¿O los efectos de una insolación? En todo caso, sus reflexiones nos revelan aquello que Miss Quested no entiende ni acepta: su descubrimiento ha sido doble: no sólo no ama a Ronny Heaslop sino que ama al hermoso y pequeño oriental, tan atrayente para las mujeres de su raza y su condición. Así lo comprende Mrs. Moore cuando suspira: "¿por qué tanto y tanto con el matrimonio? La especie humana habría llegado a fundirse en un ser único siglos atrás si el matrimonio sirviera para algo. Y toda esta inmensidad de tonterías que se dicen del amor, el amor en una iglesia, el amor en una cueva, como si hubiera alguna diferencia . . ." (6).

Es su propia transgresión la que Miss Quested castiga en Aziz al inculparlo. Y es la transgresión de Miss Quested lo que la comunidad blanca de Chandrapore se dispone ferozmente a erradicar en la destrucción del ingenuo médico indio que inocentemente la provocó. Fielding no comprende las cosas tan profundamente como Mrs. Moore. Pero la generosa comprensión de Mrs. Moore alcanza una dimensión mítica y parece condición necesaria para que en dicha dimensión mítica se manifieste la desaparición física de Mrs. Moore y su permanencia sólo como un eco. Mrs. Moore ha comprendido demasiadas cosas por sobre lo ocurrido entre Miss Quested y Aziz en las cuevas de Marabar, se ha marginado, y se deja enviar de regreso a Inglaterra antes del juicio para morir en el viaje: sin embargo, nadie como ella influye en su desarrollo, puesto que en el instante decisivo su nombre es mencionado, se requiere su presencia como testigo, los nativos empiezan a corear su nombre transformándolo en el de una diosa Hindú, "Esmis Esmoor/Esmis Esmoor/Esmis Esmoor/Esmis Esmoor", y Miss Quested al prestar declaración se quiebra, se abre a la autorevelación nacida en ella por efecto de la convicción de Mrs. Moore en la inocencia de Aziz, y retira todos sus cargos contra éste. La catarsis se completa.

Aunque es de tal modo decisiva su influencia, Mrs. Moore no se ha envuelto personalmente en la situación. Fielding en cambio se ha comprometido por entero; en

los días previos al juicio ha trabajado por Aziz como por un candidato, con lo cual se ha ganado por entero la simpatía y la estima de sus amigos indios. Es el gran aliado de la causa. Pero junto con venir el triunfo viene la ruptura. Miss Quested, al retirar sus cargos, deja de ser el instrumento que les había permitido a los blancos librar sus impulsos de agresión contra los nativos. Mientras se preparaba el enfrentamiento, Miss Quested había sido el objeto de su protección solícita. Ahora, desmontada inexplicablemente la máquina por su propia impulsora, los ingleses la abandonan sin el menor miramiento. Ahora es *ella* la víctima de la animosidad colectiva. La pobre inglesa neurótica no tiene, literalmente, adonde llevar sus huesos para pasar la noche. Fielding le cede su casa: siendo honda la antipatía que Miss Quested le despierta, Fielding no puede menos que respetar y apoyar el coraje con que ha enfrentado su experiencia ni puede menos que apiadarse de su absurda y penosa trayectoria. Este es el comienzo del fin de su amistad con Aziz. Porque la naturaleza de las relaciones angloindias, el sistema de represiones, resentimientos y celos, con su determinación estructural de no superar las barreras raciales, lleva en sí la honda noción de que toda lealtad que rompa la osificación y sobrepase las barreras, es en esencia sospechosa, constituye una forma no fiable de transgresión, algo que se mantiene en cuidadosa observación, que se examina minuciosamente, con respecto a lo cual se exige prueba tras prueba. Fielding, al defender la inocencia de un indio, ha ganado libertad con respecto a su propio medio, el de la administración colonial, y por esa libertad ha pagado el precio del repudio; pero ha perdido libertad al exigírsele, por parte de la comunidad india, una lealtad incondicional. Y que esta pérdida es efectiva lo pone en evidencia la destructora desconfianza de Aziz y sus amigos cuando Fielding defiende el coraje de Miss Quested. Así, *Un paso a la India* ha dado la vuelta completa y la situación de Fielding, en cuanto situación, no difiere esencialmente de la de Miss Quested, habiendo diferido tanto los motivos de cada uno al igual que el respectivo grado de conciencia con respecto a esos motivos; ambos son parias detenidos en un impasse en el que sólo abre una puerta de salida, en el plano de las relaciones personales, y sólo en el de esas relaciones, el eco del espíritu de Mrs. Moore. ¿Pero qué son las relaciones personales en un mundo desangrado por los antagonismos colectivos?

“¡India será una nación! ¡sin un sólo extranjero! ¡Hindúes, Musulmanes y Sikks serán todos uno! ¡Viva! ¡Viva India! ¡Viva! ¡Viva!” exclama Aziz sobre su caballo encabritado, al final de la novela. “¡Abajo los ingleses. Eso sí. Váyanse luego Uds., les digo. Puede que los indios nos odiamos. Sí, pero los odiamos a Uds. más que a nadie... aunque nos tome quinientos cincuenta años nos vamos a liberar de Uds. Sí, vamos a echar a cada maldito inglés al mar, y entonces! gritó, lanzando con furia su caballo contra Fielding, ‘entonces’ concluyó, casi besándolo, ‘tú y yo seremos amigos’.

‘¿Porqué no podemos ser amigos ahora?’ dijo Fielding, abrazándolo afectuosamente. ‘Es que lo que yo quiero’. ‘Es lo que tú quieres’.

Pero los caballos no lo querían, se separaron; la tierra no lo quería, erigiendo rocas entre las que los jinetes

debían pasar de a uno; los templos, el estanque, la cárcel, el palacio, las aves, la carroña, la Casa de Huéspedes... no lo querían y lo dijeron en sus cien voces: ‘No, no todavía’. Y el cielo dijo: ‘No, no aquí.’”

NOTAS

- (1) Conocemos las siguientes traducciones al castellano: *El paso a la India*, traduc. J.R. Wilcock, Ed. Sur, 1955; *Donde los Angeles no se aventuan*, traduc. Carlos Peralta, Ed. Sur, 1955; *Aspectos de la Novela*, traduc. Francisco González Aramburú, Universidad Veracruzana, México, 1961. Hay versiones de cuentos, artículos y ensayos en diversas revistas latino-americanas, especialmente *Sur*.
- (2) *India Again*. En *Two Cheers for Democracy*, Penguin Books, 1965, págs. 331-2
- (3) *A passage to India*, Penguin Books, 1961, pág. 50
- (4) Boris Pasternak: *Doctor Zhivago*, Fontana Books, 1961, p. 328.
- (5) *A Passage to India*, Penguin Books, 1961, p. 150.
- (6) *Ibid*, p. 157.

